



**Luciérnagas en
el desierto**

**Daniel
SanMateo**



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2012, Daniel SanMateo
© 2012, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudio Miquel Puig
Diseño de la cubierta: Estudio Miquel Puig

Tercera edición: abril de 2016
ISBN: 978-84-8343-206-8
Depósito legal: B-13673-2012
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Al principio, estos momentos me producían miedo, luego llanto. Ignoraba lo que sucedía exactamente. Los adultos comenzaban a actuar con nerviosismo, se hablaban a gritos o en susurros, gesticulaban de forma cortada, tomaban las primeras dos o tres cosas que tuvieran al alcance de las manos, como para asir la realidad y cerciorarse de que sus mentes no les tendían trampas hechas de espejismos, nos empujaban o tiraban de nosotros, según la posición en la que estuviéramos, hasta los rincones del cuarto, o nos hacían meternos bajo la mesa, o simplemente nos arrojaban boca abajo en el suelo y se lanzaban sobre nosotros con todo su cuerpo como queriéndonos proteger de todo mal con su propia carne.

Al principio, veía en los ojos de los adultos un paisaje blanco y desolador, como un vacío, una falta de lo que puede ser dulce y bueno y feliz, ojos vacíos pintados de blanco. Ese color que quizá en otras circunstancias significaba esperanza, pero que justamente en estas decía lo opuesto.

Al principio, el ruido iba creciendo poco a poco como un zumbido de mil moscas, un ruido acercándose lentamente, un ruido que producía una corriente eléctrica en nuestros cuerpos y nos erizaba el cabello. Luego ese ruido crecía en intensidad y explotaba a intervalos regulares con un estruendo de paredes perforadas, pozos de agua, cristales rotos y humo en columnas negras, mientras toda voz se iba callando y era sustituida por algún gemido o llanto diáfano.

Al principio, ese momento se producía en cualquier instante y sin aviso previo. Sucedió cuando la gente paseaba por las calles o se disponía a hacer el rezo del mediodía, a veces sucedía en el momento de sacar algunos dinares para pagar el kilo de harina, el litro de aceite o algunos frutos secos, sucedía cuando se tomaba el té para hacer una pausa breve y liberarse un poco del ajeteo diurno, cuando los ancianos leían el periódico o jugaban al ajedrez, sucedía cuando intentaba hacer el catálogo de mi escasa colección de insectos disecados, constituida en su mayor parte por algunos gusanos, dos moscas caseras y un mosquito carente de un ala, perdida en la suela del zapato de mamá.

Al principio, todo esto me producía miedo, luego llanto. El miedo me consumía, se apoderaba de mi cuerpo, contraía mis músculos; los brazos y las piernas se tensaban y casi desfallecía con espasmos violentos. El llanto, más de impotencia, era como una salida de toda esa tensión que estrangulaba mis venas, como esa liberación totalmente involuntaria que descongestionaba mi garganta y quizá terminaba por salvarme de la opresión ocasionada por el peso insoportable de la situación.

Pero eso era al principio, ahora ya no, las cosas cambian.

Shaima y yo nos miramos, en cuclillas frente a frente, nuestras espaldas contra el muro y la columna que tiembla y se quiebra un poco con cada nuevo embate de las balas. No hablamos con la voz, sino con todo un lenguaje hecho de movimientos oculares, de fruncimiento del ceño, de arqueos de las cejas y de aleteos de las pestañas. Nos decimos todo. Nada queda en el silencio. A veces ella sonrío como respuesta al guiño de mis ojos, quizá aprecia los chistes que cuento; a veces suspira, gesto que siempre me confunde pero que no puedo dejar de admirar por la sencillez con que lo realiza. A veces incluso cerramos los ojos y solo imaginamos que aun así nos vemos por detrás de los párpados, como si estos no existieran, y seguimos nuestra conversación justo en el lugar preciso donde se había suspendido por ese cerrar de ojos. A veces esa forma de diálogo nos lleva a imaginarnos en otro lugar muy distinto a este, un lugar alejado del desierto. La arena dorada

y caliente de tanto sol ha sido cambiada por una alfombra infinita de pasto suave con olor a agua y tierra negra, un pasto fresco al contacto de nuestras manos, y sobre esas lomas verdes corremos tras nuestras cometas de todos los colores, la de Shaima con forma de paloma blanca, casi como una nube esponjosa y con una cola de la que cuelgan cintas que se mecen en ondas suaves contra el viento, y la mía, quizá con forma de águila o quizá con forma de abeja regordeta, con su vientre inflado de color amarillo vivo y algunas franjas negras y afelpadas y sus alas de himenóptero hechas de una red transparente y más fantástica de azul, dorado y verde, y después de correr hasta cansarnos nos lanzamos rodando loma abajo y sentimos el vértigo y la velocidad, y luego reímos tanto que nos duele el estómago; luego comienzo a sentir ese calor que irradia justo desde el fondo de mi corazón y que siento crecer cada vez que estoy cerca de ella. Antes de que pueda decir nada, ella corre y grita con su voz en movimiento «Juguemos a las carreras», y entonces salgo detrás de ella y la persigo durante un buen rato y reímos tanto y todo parece tan puro que así se nos pasan las horas.

En otros momentos simplemente jugamos a no cerrar los ojos y a mantener la mirada fija, y ella casi siempre es mejor que yo en esos juegos y logra pasar toda esta tormenta de hierro sin haber mirado otra cosa que no sean mis ojos, y yo a veces de tanto esfuerzo y tanto intentar ganar alguna vez termino con los ojos irritados y con una lágrima escurriéndose por la mejilla. Ella la ve desde su salida del lagrimal y con la vista acompaña su recorrido, bajando por la mejilla, por el cuello, hasta ese momento en

que queda suspendida de los pequeñísimos vellos de mi rostro, que ya no logran sujetarla por más tiempo, y la lágrima cae irremediabilmente al suelo y se evapora casi tan rápido como cayó; es en ese momento cuando Shaima me dice también con los ojos que es el final del juego y que ya puedo parpadear y restregármelos con los puños y mirar también al suelo o quizá al techo, o a cualquier otro lugar.

Solo una vez Shaima se sentó junto a mí, y entre cada explosión, entre cada rompimiento de cielo, durante breves instantes nuestros brazos se tocaron y ese contacto me produjo un escalofrío que me recorrió el cuerpo y terminó convertido en una mueca parecida a algo indeterminado entre un rostro de sorpresa o una sonrisa franca. Una vez, el ruido de la guerra creció de forma tan violenta alrededor de nosotros que Raissa y Mahdi gritaron de susto y mamá tuvo que abrazarlos y hablarles al oído y decirles «Ya, ya, ya, todo está bien, todo va a salir bien», y yo también estuve, durante un segundo, a punto de gritar, pero con un movimiento ágil y preciso Shaima, quizá leyendo el movimiento de mi cuerpo y sabiendo que mi grito era venidero, como para que no expusiera mi propio temor ante la mirada de los que ahí estaban, tomó mi mano entre la suya y con sus dedos finos acarició lentamente mi palma, y con su dedo pulgar acarició la piel anterior a la palma, y ese gesto sencillo me dotó de valor como nunca antes había tenido, exorcizó los fantasmas de todas mis noches y selló para siempre mi amor por ella. En esos momentos solo podía soñar con que Shaima también me quisiera, pero apenas vuelta la calma, las cosas retomaban el curso de la normalidad y Shaima regresaba a su casa con sus padres

y ya no me miraba a los ojos y yo volvía a ser el niño que entendía de insectos y que imbécilmente deseaba que pasaran más aviones y que arrojaran sobre nuestras cabezas sus armas mortíferas para que nuestras manos permanecieran unidas o nuestros ojos se siguieran viendo. El amor produce pensamientos extraños.

La guerra se prolonga y ya no sabemos si han pasado días, meses o años. Alguna vez mamá me dijo que cuando uno es niño el tiempo parece alargarse, hacerse un hilo delgado y elástico, como una goma estirada desde la pared del cuarto hasta la puerta; y que cuando se es adulto, el tiempo parece irse muy rápido, casi como las gotas de agua cuando se deja el grifo abierto, casi más pronto que la velocidad en el vuelo de un pájaro. La guerra hace cosas raras con el tiempo y con nuestras cabezas, y la verdad es que aun siendo mi primera guerra, o la segunda, no lo sé, porque papá cree que las guerras nunca acabarán, y seguro que esta no será mi última guerra, puedo decir firmemente que ya la odio. Puedo decir que la odio tanto como odio el sabor de los dátiles cuando ya están pasados, cuando comienzan a derretirse y se convierten en esa masa como de miel verdosa, o como odio el aire seco y caliente cuando vuela lleno de arena y se nos cuela por la boca y por la na-

riz y nos pica tanto la garganta que después de varios días aún no podemos hablar con voz normal, nos quedamos afónicos y tenemos que tomar mucha agua con miel y algún jarabe meloso que mamá prepare. Odio la guerra y no entiendo lo que es, no sé para qué sirve o cuándo va a acabar, no sé siquiera cuándo comenzó; las cosas pasaron tan de pronto que nadie sabe eso, solo sé que la guerra son los aviones que oscurecen el cielo, que vuelan como un rayo y que hacen un ruido de trueno, que arrojan sus bombas pesadas y que las bombas se rompen en la tierra y todo lo de la tierra es destruido. La guerra son también otras bombas que caen de quién sabe dónde, bombas que no son arrojadas desde aviones pero que vuelan con unas alas chiquitas y con un fuego escupiéndoles de la cola, que hacen un arco de humo como queriendo copiar al arco iris, que vuelan con un zumbido aún más agudo y que hacen vibrar tanto los oídos que duelen y sangran. Cuando caen esas bombas se hacen hoyos inmensos y los edificios se convierten en polvo, y papá dice que la gente desaparece por decenas.

Pero antes de seguir hablando sobre la guerra, hablaré acerca de mí y de mi familia. Porque creo que somos más importantes que la guerra y porque, como ya dije, odio la guerra pero me quiero mucho y quiero a mi familia.

Me llamo Dalil. Tengo trece años y medio, en seis meses cumpliré catorce. Mamá ha prometido hacer una fiesta con dulce de miel para celebrar mi cumpleaños. Cuando la hagamos voy a invitar a todos mis amigos y también a Shaima, y si mis amigos no quieren venir espero que al menos Shaima venga y coma del dulce de miel de mi mamá, y diga que es lo mejor que ha probado y que ese día es el mejor día de su vida.

Tengo una hermana menor, Raissa, de diez años, y un hermano menor, Mahdi, a punto de cumplir siete. Yo soy el mayor de la familia, al menos eso es lo que mamá dice cuando papá está afuera haciendo negocios. Papá pasa cada vez más tiempo fuera, intentando conseguir cosas. Antes de la guerra alguna vez acompañé a mi papá a sus negocios, lo seguí por todos lados del pueblo y saludé a todos los señores que me presentó. Todos los señores decían que era bueno que yo aprendiera el negocio a tan temprana edad, que así podría, cuando fuera necesario, reemplazar a mi papá. Todos los señores me revolvían el cabello y me ofrecían dátiles para acompañar el vaso de agua que me daban. A mi papá le daban café y también comía dátiles y otros dulces. Los dedos de novia son los dulces favoritos de mi papá, aunque casi no los come porque dice que le hacen daño a su salud. Los negocios de mi papá no los entiendo muy bien. La última vez que fui con él visitamos a un señor en una bodega muy grande que tenía máquinas con muchas piezas. Mi papá y el señor hablaron durante un largo rato, luego el señor nos enseñó unas máquinas que estaban en la parte de atrás y que eran más pequeñas que las otras, y luego fuimos con él a su despacho, donde mi papá y él se sentaron a tomar café y a comer dulces de miel y nuez, y a mí me dieron un vaso con leche y azúcar. Al final, el señor y mi papá se dieron un fuerte apretón de manos y mi papá sacó un fajo con muchos billetes. Nunca había visto tanto dinero en mi vida. En el fajo había billetes de cien dinares, de quinientos dinares y algunos de mil dinares. Solo había unos cuantos de cinco dinares. El señor recibió el dinero y mi papá le dijo que

debía contarle, pero el señor se negó a contarle y dijo que siempre había confiado en mi papá. Luego firmaron unos papeles y mi papá guardó en su portafolios la copia. Nos levantamos, y mi papá y el señor se dieron la mano y después de que el señor se despidiera efusivamente de mí, revolviéndome más el cabello y dándome algunos dulces de miel y nuez para llevar, salimos a la calle. Mi papá iba muy contento y decía que había hecho una buena compra. Pero yo no vi que lleváramos por ningún lado lo que habíamos comprado.

Mi papá, ahora con la guerra, anda siempre muy preocupado. A veces dice que irnos del país sería lo mejor. Con la situación actual, mamá cree que es la única opción, pero tiene miedo. Papá dice que ya verán después, y que mientras tanto intentemos vivir felices. Yo no soy feliz cuando mamá y papá están tristes o preocupados. Hay algo que les pasa que me pone mal. Luego me encierro en mi cuarto y me pongo a llorar, en silencio para que nadie venga a decirme nada. Y luego me acuerdo de Shaima y las cosas mejoran. Creo que soy feliz cuando pienso en ella.

Les diré algo sobre el lugar donde vivo, pues pudiera ser interesante, aunque a mí realmente no me lo parece tanto. Primero, tengo que decir que es un país pobre. Los adultos no lo dicen, pero me puedo dar cuenta. No es muy difícil darse cuenta, basta con salir un poco y ver el estado de las calles, el pavimento resquebrajado, los charcos de barro, la ausencia de aceras, la suciedad, el polvo con sabor a arena, las casas sin pintar, otras a medio construir, otras a medio caerse, las paredes agrietadas, los cielos enmarañados de cables por encima de nuestras cabezas, una maraña imposible colgando entre postes también a punto de caer. Según papá, solo nuestro pueblo es pobre, y no todo el país. Mi papá ha ido a otras ciudades del país y nos ha contado que las calles son más bonitas, los edificios más altos y las casas están mejor construidas. Papá dice que la próxima vez que tenga que salir del pueblo para hacer negocios me llevará con él para que yo pueda ver con mis propios

ojos que nuestro país es un país bonito, y que la fealdad de nuestro pueblo es algo de lo que tenemos que apenarnos, y ya después de que nos apenemos, tenemos que hacer algo, todos los del pueblo, juntos, y trabajar para mejorarlo. Papá también dice que el país esconde riquezas inimaginables, que vivimos sobre un tesoro enterrado, pero yo no me creo mucho eso porque mamá dice que los tesoros enterrados existen solamente en los cuentos para niños. No sé de qué cuentos me habla, pero mamá dice que cuando cumpla quince años va a comenzar a enseñarme inglés. Dice que ese idioma me va a servir en el futuro, y que cuando ya lo sepa me va a regalar los libros de cuentos que su padre le dio cuando ella tenía quince años. Esos libros están escritos en inglés y hablan de marineros y de piratas y de tesoros escondidos. Mamá nunca ha visto en la vida real a un pirata, y por eso dice que eso no puede existir.

El pueblo no es muy grande. Antes, después de la escuela, solía ir en bicicleta de una punta del pueblo a la otra saludando a la gente. Todo ese recorrido lo hacía en menos de una hora y, cuando lo recuerdo, no tenía otro fin más que saludar a la gente y andar en bicicleta. En la escuela tenemos un mapa del país, y con una marca roja el profesor de Geografía nos señaló la ubicación del pueblo. Estamos hacia el sur, hacia la salida del golfo. No somos, sin embargo, un pueblo de costa. Tenemos cerca un río, un río muy importante. Luego les voy a hablar del río, porque algo muy interesante me pasó ahí.

Nuestro país es como un trapecio inclinado, su punta sur es afilada y arenosa, y su punta norte es amplia y montañosa. Nuestro país es viejo, muy viejo. El profesor